

Teología simbólica y católica en la obra de Antonio Hernández Gierbolini

Cheli Sanabria

Catedrático Asociado-Departamento de Bellas Artes
PUCPR-Ponce

Eso que llamamos arte es una de las manifestaciones más sublimes del ser humano. A través del mismo podemos comunicar un sin número de preocupaciones, frustraciones, convicciones y llevar, a su vez, un mensaje de esperanza, de transformación personal, social y espiritual; por lo que, a través de los años, los artistas de corrientes diversas han utilizado el arte como medio de transformación espiritual. Los expresionistas abstractos del siglo XX, por ejemplo, lo utilizaron a través de la psicología y la percepción del color: tal es el caso, por ejemplo, de Mark Rothko. Los artistas de la neofiguración utilizaron el sincretismo religioso como excusa en sus discursos plásticos y como vehículo de transformación espiritual y social. En el caso de la Iglesia Católica, artesanos medievales fueron contratados para decorar las paredes de los templos con una iconografía cristiana como recurso didáctico y evangelizador, lo cual se extendió hasta el Renacimiento. En el caso del arte contemporáneo, sobre todo en Puerto Rico, son muy pocos los que, sin entrar en un discurso holístico o sincrético, utilizan la manifestación plástica como vehículo liberador y sanador en el marco de la teología católica: ese es el caso de Antonio Hernández Gierbolini, quien ahora es profesor en el Departamento de Bellas Artes de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Recinto de Ponce.

Hernández se siente identificado con el interiorismo, movimiento literario de origen caribeño que podría florecer paralelamente en la plástica. Este movimiento ha pretendido valorar la experiencia espiritual en el arte y la búsqueda de la trascendencia con un carácter marcadamente religioso. El mismo fue presentado durante el Primer Congreso Internacional de Literatura Mística llevado a

cabo en la PUCPR el año 2014 en Ponce. No sería la primera vez que un movimiento artístico en las artes visuales comience primero como una manifestación literaria, como fue el caso del surrealismo. Tal parece que, en Ponce, Puerto Rico, está surgiendo un nuevo movimiento artístico-espiritual con raíces profundas en el catolicismo.

Hernández utiliza elementos del ritual católico como códigos simétricos en su discurso plástico. La cruz, el cirio pascual, el agua, el fuego, la tierra, la imagería religiosa, el libro sagrado (la Biblia) y otros útiles de uso cotidiano son algunos de los objetos que integra en sus instalaciones. Ello, en gran medida, se debe a un proceso meditativo que aprendió mientras fue monje benedictino por catorce años. Basado en la *lectio divina* (lectura orante de la Sagrada Escritura), procede a ejecutar su obra como parte de un proceso interno de sanación y encuentro con el Ser Supremo.

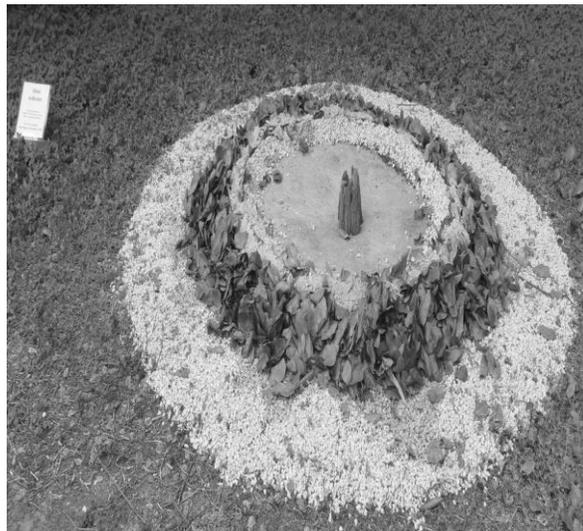
Las instalaciones de Antonio Hernández Gierbolini, más allá de ser planteamientos estéticos, son provocaciones que aluden al espíritu humano y a la relación de este con el Creador. Mediante un proceso meditativo, Hernández establece un diálogo coherente con el receptor. Sus planteamientos son instalaciones en que utiliza elementos orgánicos que nos conectan con nuestra naturaleza espiritual y humana. Estos elementos, además de establecer un nexo entre el espíritu y el ser, son códigos y puentes evangelizadores, recurso interesante en su obra. Así, utiliza la palabra y la Sagrada Biblia como puente espiritual entre el plano físico y el plano espiritual. En coherencia con lo antedicho, los cuatro elementos de la naturaleza están presentes en su obra. Resulta particular el fuego como símbolo de la Zarza

Ardiente y la luz de Cristo. El mismo es recurrente y adquiere un valor intrínseco en su trabajo plástico. Las velas, el Cirio Pascual, como símbolo del Espíritu, sacrificio del amor, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. El cirio se consagra y se enciende en la Vigilia Pascual, en la liturgia católica el sábado santo, como signo de Cristo resucitado y su luz. En 1907 se decretó que el Cirio Pascual debe encenderse los tres días solemnes de pascua, sábado *in albis* y todos los domingos hasta la fiesta litúrgica de la ascensión. Actualmente se enciende durante todo el tiempo de pascua desde la Vigilia hasta el Domingo de Pentecostés en representación de Jesús. El cirio es el código del Cristo resucitado presente entre nosotros aquí y ahora; es la victoria de la vida sobre la muerte. Ilumina y expande nuestro camino. Jesús es la luz del mundo, ya no yace en el sepulcro; es un Cristo vivo.

Su obra, de estética muy cuidada, para evitar caer en el sincretismo religioso, refleja una sólida convicción de su fe cristiana; sobre todo católica romana. Es reflejo de una vida monástica, religiosa y comprometida con el evangelio. Al respecto, Hernández ha comentado: “creo que la meditación puede ser algo más que un ejercicio mental, puede convertirse en algo físico, concreto, que integre mente, cuerpo y espíritu. El contacto con esos medios y materiales, comprobar su capacidad para evocar lo que escucho o respondo a esa Palabra Sagrada [la relación palabra-objeto] mediante la visualización, me guían en mi meditación, atendiendo a la capacidad simbolizadora de la materia. Utilizo una técnica originaria de la vida monástica católica llamada *lectio divina*, que aprendí mientras viví como monje durante 14 años”.

En las instalaciones, de carácter poético, didáctico y cristiano, utiliza la iconografía religiosa católica tradicional; sin embargo, las composiciones, aunque formales, son de carácter contemporáneo por su planteamiento sencillo, directo y provocativo. Para Antonio “la obra final es el testimonio visual de un

acontecimiento, un encuentro, un diálogo con Dios a través de la experiencia de su poder creador”.



ALMA SEDIENTA (2008)

En la obra titulada *Alma sedienta* (2008), una instalación presentada en el campus de la PUCPR, Hernández ha utilizado agua, hojas secas, gravilla (piedra molida) y madera de troncos viejos. Es un *mandala* de composición centrífuga formal en que los elementos orgánicos se convierten en códigos directos de nuestra esencia espiritual, transportándonos a lo más sublime del ser. Como parte de su estética religiosa, hay una visión de la belleza de la creación regenerada en Cristo-Dios. El concepto de lo céntrico está presente en casi todas sus composiciones, ya que el artista ve a Cristo como eje reconciliador de todo lo creado. El *mandala*, o círculo sagrado, en cierto modo, siempre ha estado presente en la iconografía católica, desde las custodias del cuerpo presente de Cristo en el pan circular, elementos arquitectónicos como los rosetones del gótico, las cúpulas de los templos; ello puede rastrearse, incluso, en los conceptos espirituales de la literatura espiritual cristiana de místicos como Santa Teresa de Jesús.

Al igual que Eliade, quien descubrió este símbolo en diversas tradiciones religiosas, Hernández ve el símbolo del centro como una

expresión de lo absoluto, de la fuente de la vida y de la sacralidad. En su propuesta estética, Cristo ha llegado a ser el centro absoluto de la realidad y, finalmente, esa centralidad, el objeto principal de su meditación.

La concepción de Cristo como eje y centro del universo revolucionó su visión del mundo y de Cristo en el cosmos. Así, la *lectio divina*, más que una reflexión, es una experiencia de encuentro con lo divino; por ende la experiencia estética con la obra de Hernández también puede catalogarse como un encuentro personal con Dios.



ÁGAPE DE EMAÚS (2009)

En la obra titulada *Ágape de Emaús* (2009), presentada en el Edificio del Departamento de Bellas Artes de la PUCPR, Hernández vuelve a presentar un *mandala*, en el cual coloca varias velas: cuatro blancas (dentro) y una roja (fuera), tres pilas de servilletas, la Sagrada Biblia, cuatro bandejas de pan y un copón de vino. En esta instalación, se medita sobre la Cena Sagrada.

El *Ágape de Emaús* representa la cena de dos discípulos: Cleofás y otro cuya identidad nunca es revelada. Ambos, apenados y temerosos por la muerte de Cristo, huyen de Jerusalén y llegan a Emaús, donde se disponen a cenar con un extraño viajero que encuentran en su camino que les reprocha su poca fe. No se percatan de su identidad hasta que reconocen su gesto al partir el pan, momento en que

desaparece. El pan había dejado de ser pan para convertirse en el cuerpo de Cristo Eucarístico. Esta obra está inspirada en el capítulo 24 del evangelio de San Lucas, propio de la liturgia del tercer Domingo de Pascua.

Si el espectador no se percatara de la lectura de San Lucas en la Biblia abierta en dicha lectura, puede establecer un paralelismo con la Última Cena y la meditación en el huerto de los olivos representada por la vela roja ubicada en una esquina del salón.

La Última Cena (o Santa Cena) fue la última vez que Jesús compartió con sus discípulos antes de la pasión y muerte. Ese momento es considerado por los cristianos católicos como la institución del sacramento de la eucaristía (transubstanciación), en el cual el pan y vino representan y son la sangre y cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Como hemos visto, una obra puede tener más de una interpretación, dependiendo del conocimiento y la curiosidad del receptor. La interpretación de uno u otro es tan válida como el planteamiento estético del emisor; lo importante es la experiencia y lo que queda en la memoria una vez volvemos a nuestra vida cotidiana.



EL JARDÍN DEL ÁRBOL DE LA VIDA (2009)

El jardín del árbol de la vida (2009) es otra instalación en la que Hernández ha utilizado la tierra como elemento alegórico del suelo y, a la vez, de la cruz del crucificado; cuatro velas rojas en los cuatro puntos cardinales de la cruz y dos velas blancas al centro, al lado del cuerpo eucarístico. En el vértice de la cruz queda simbolizado el Árbol del Jardín del Paraíso que aparece en los libros del Génesis y el Apocalipsis. Las velas rojas nos recuerdan las llagas de Jesús: las de los brazos, pies y cabeza. Las velas blancas y un copón con panes representan la llaga del costado, mientras que el árbol alude al cuerpo místico de Jesús, el Cristo Crucificado en el madero, de donde surge la vida renovada del hombre nuevo a través del sacrificio del Hijo de Dios. La semilla se esparce a través del cuerpo eucarístico por toda la tierra, dejando raíces por doquier, anunciando que el hijo de Dios también ha resucitado y vive entre nosotros por los siglos de los siglos.



EL JARDÍN DE LA SED DEL CRUCIFICADO (2010)

En *El Jardín de la sed del crucificado* (2010), obra presentada en la Galería Epifanio

Irizarry de la Escuela de Bellas Artes de Ponce, Hernández nos recuerda una vez más la crucifixión del Cristo doliente y sus cinco llagas, de donde emana la vida eterna. Es un *mandala* centrífugo con cuatro puntos cardinales que componen el cuerpo de la cruz formada por hojas secas y gravilla. En cada extremo hay una vela roja. En el centro, hay un Cristo doliente (busto de bulto redondo) sobre un terrón de arena, una vela blanca en dirección del costado (la llaga del costado, cerca del corazón), como si de ese cirio brotara vida. Una esponja y una vara yacen sobre el suelo que a la vez es el pilar de la cruz, como símbolo de la ingratitud y la maldad del hombre, ese mismo que hoy tiene sed de Él. También aparecen un cáliz de barro lleno de vinagre y una Biblia abierta en un pasaje evangélico de la pasión de Cristo. Una vez más Hernández nos confronta y nos invita a mirarnos por dentro a través de la meditación del pasaje bíblico de la pasión de Cristo.



KENOSIS [abajamiento] Y EXALTACIÓN DE CRISTO (2010)

En *Kenosis [abajamiento] y exaltación de Cristo* (2010), presentada en la Sala de las Artes de la Universidad del Sagrado Corazón

en San Juan, Hernández nos hace reflexionar sobre la renuncia de Jesús a su estado divino para vivir una vida de dolor y de naturaleza humana. *Kenosis*, en la teología cristiana, significa vaciado (viene del griego: vaciamiento). En otras palabras, es el desprendimiento de Jesús de su condición divina para asumir la naturaleza humana y todo lo que eso conlleva, sometándose a la voluntad del Padre: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir" (Mc 10, 45). La vida de Jesús estuvo siempre marcada por la pobreza en el carácter material. Desde su nacimiento en un humilde pesebre, su procedencia de una joven humilde y la protección paternal de un sencillo carpintero aluden al acto voluntario de servir y no ser servido. En reflexión sobre esta kenosis, Juan Pablo II habló de "despojamiento de sí mismo", y cómo este acto voluntario caracteriza profundamente la verdad sobre Cristo, verdadero hombre, donde se restablece la verdad del hombre universal. El abajamiento de Cristo se hace vigente cuando, con su sangre redentora, repara el pecado de nuestra humanidad y se exalta el Cristo-hombre como fuente de la nueva gloria. Para Hernández, según sus palabras, *Kenosis*... "es una instalación en la que intento meditar una sección de la Carta de San Pablo a los Filipenses 2,5-11. En este texto, el llamado 'apóstol de los gentiles' presenta a Cristo como modelo de humildad. Cristo, aun siendo Dios, se abajó, se humilló, haciéndose un hombre común, para vivir y morir por el deseo amoroso de reconciliarlo todo con su Padre."

En *Kenosis [abajamiento] y exaltación de Cristo* (del cual se puede ver un vídeo en YouTube), Hernández nos confronta con nuestro estado transitorio físico y nos vacía el amor de Dios a través de un sin número de códigos particularmente del ritual católico. La morfología estructural de esta vídeo instalación se basa en la huella de una estructura de carácter tartésio, también

utilizada en la arquitectura musulmana. Dos cubos, uno gira sobre el otro en el eje central (45 grados), formando la estrella tartésica. Esta estructura aquí es alegórica a la Jerusalén Celeste, la cual, según el Apocalipsis, tiene forma de un cuadrado y sus cuatro lados miran a los cuatro puntos cardinales, que simbolizan la totalidad del mundo. Según el libro del Apocalipsis, en el centro de la plaza de la Jerusalén Celeste aparece el Árbol de la vida, el cual Hernández representa a través de un crucifijo. La plaza sirve de templo o tabernáculo en el cual emerge un antiguo crucifijo en el centro, en los laterales dos pantallas circulares en las cuales se proyectan dos videografías, una de ellas con el elemento del agua. Una cascada de agua como fuente bautismal que renueva al hombre y a su vez seduce al espectador con el ruido hidrófono que proviene de la proyección del vídeo. Para el artista el agua es "el Agua del manantial de la vida que mana de sí. Esta agua es gratis, agua espiritual de vida y purificación. Es la única agua que puede calmar la aridez del desierto de este mundo." Y es un desierto lo que representa con la arena que nos hace pisar dentro del tabernáculo llenando nuestros pies de esa arena árida y sedienta del agua del manantial que brota del corazón del hijo de Dios. Ocho pilares con cirios iluminan el recorrido por el tabernáculo en tinieblas que sólo se ilumina desde afuera con una "spot light", que dirige al espectador al antiguo crucifijo como única fuente de agua viva. En la otra pantalla se proyecta un vídeo de nubes que se mueven en el cielo dentro de un polígono regular de tres lados iguales (triángulo equilátero). Este tipo de polígono en la teología simbólica se utiliza para representar al Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Trinidad infinita, celeste, de donde sale Cristo para luego hacerse hombre. Se puede interpretar que la tierra es vista desde la perspectiva divina: lugar escogido que recibe al Hijo unigénito del creador para la redención del mundo.



MEDITACIÓN DEL SALMO 22 (2013)

Meditación del Salmo 22 es una instalación presentada en la Bienal de Arte Sacro en el Museo Histórico Ramón Rivera Bermúdez de Coamo en el año 2013. El crujir de las hojas al caminar sobre la misma nos transporta al bosque vacío del alma, lleno de soledad, acompañados por la luz del Salmo 22. 2: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¡Las palabras que lanzo no me salvan!”. Así como la voz del salmista, sola y confundida, nos sentimos cuando pensamos que estamos solos, cuando por nuestra desconfianza no vemos la luz del Redentor.

Hernández nos recuerda una vez más que no es así; que siempre hay una luz, una esperanza, una puerta, un escape: Jesús en su Palabra, que es Vida Eterna. Así, una Sagrada Biblia abierta en la página del Salmo 22 recibe al espectador tan pronto crujen las hojas secas que yacen a sus pies. Una copa de vino, un rostro del Cristo doliente que emerge del suelo, una cruz detrás, nos recuerdan su Pasión; una vela blanca frente a su rostro, que nos revela su presencia en todo momento. Seis velas y un Cirio Pascual sobre pedestales nos anuncian al Cristo Redentor que ha resucitado.

Es una reflexión sobre nuestra fragilidad como seres terrenales, donde abunda la desconfianza y el dolor, olvidándonos que más allá de nosotros hay un Cristo que ha resucitado.

Hernández confiesa que ejecutó esta obra como una catarsis, luego de pasar por uno de los momentos más difíciles de su vida: una crisis que provocó su salida del monasterio donde vivió.



NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA (2015)

Nuestra señora de la Esperanza (2015), presentada en la Galería Epifanio Irizarry de la Escuela Especializada de Bellas Artes de Ponce, fue una instalación con una escultura de bulto redondo de la Virgen María. Es la representación de un círculo sagrado con la imagen en el centro y alrededor hojas secas, piedras y arena. La imagen de María porta una flor de orquídea que brota de su vientre. María, como el centro de toda esperanza, de una fe depositada en ella como Trono de la Sabiduría, de la cual brota o germina la más bella flor, (el Salvador, quien florece en su vientre), que viene a redimirnos del desierto,

de la sequedad, de la muerte, representada por la arena y las hojas secas.



MIRA DE DÓNDE BROTO LA VIDA (2016)

Mira de dónde brotó la vida (2016) es un ensamblaje sencillo, silente y provocativo. El silencio lo dice todo. Es un silencio de sabiduría, de creación, de madurez espiritual y, a la vez, de madurez plástica. Antonio nos confronta con nuestro ser interno, el Yo del alma, unida a Cristo por el misterio de la vida misma. El sí a Cristo -símbolo de vida que implica aceptación y entrega sin reservas al evangelio, al Génesis- es un homenaje a la creación del mundo; pero sobre todo a la del ser más importante creado a imagen y semejanza, de un Dios Vivo y Real, tú y yo, el hombre imperfecto, perfecto a los ojos de Dios. A través de unos códigos de fácil lectura, Hernández nos revela el secreto del Génesis y, a su vez, de la existencia humana. Una mesa de noche, con una gaveta cerrada y un libro sagrado de donde brota un bonsái en la tablilla inferior de la mesa,

anuncia la buena nueva de la creación del mundo. Una vez más Hernández nos presenta el Árbol de la vida como símbolo del cosmos viviente, que brota de la Palabra Eterna de Dios, según el libro del Génesis y el último capítulo del Apocalipsis. En este sentido se convierte en un homenaje a esa Palabra, cuya fuerza es indetenible y es el origen del Cosmos. El Árbol de la vida sobre el libro sagrado, o el libro de la vida, donde se encuentra escrito el nombre de cada ser humano creado y destinado a morir una sola vez para volver a vivir por los siglos de los siglos.

Esta obra quizá venga a nuestra memoria si leemos los siguientes versos del escritor alemán Ángelus Silesius, traducidos por el poeta y religioso puertorriqueño Fray Ángel Darío Carrero:

Soy un árbol
te siento florecer
en mis ramas
Tu divinidad
es mi savia y mis hojas

La obra de Antonio Hernández Gierbolini se hace eco de las enseñanzas del Maestro de la Misericordia. Lejos de un arte o una carrera proselitista, no busca reconocimientos personales sino la gloria divina. Sus instalaciones son un reflejo de una vida de oración, de contemplación y compromiso social. Su arte y su fe cristiana marchan en un mismo son. Hernández es un poeta místico contemporáneo del catolicismo, un artista que arraiga su experiencia de fe en un Cristo que lo dio todo por amor al prójimo, por quien desea vivir en el marco de la Buena Nueva.